

invitación a leer

Victoria Total

por Fausto CASTILLO

VIETNAM: Vo Nguyen Giap y Van Tieu Dung: El Arte de la Guerra Militar Revolucionaria.- Adolfo Gilly: La Fuerza Teórica de los Hechos Revolucionarios.- Ed. TRANSICIÓN.- 136 pp.

Su concisa brevedad hace doblemente valiosos este par de ensayos que iluminan desde dos ángulos, el militar y el político, el histórico triunfo de la victoria vietnamita.

Giap y Dung despliegan, como un abanico, los 55 días y 55 noches que le bastaron al pueblo en armas para derrotar a un ejército de más de un millón de hombres, armado con la tecnología bélica más sofisticada. Militarmente hablando, una característica señala el comienzo del fin: las sorpresas constantes a que son sometidos los militares y dirigentes títeres de Saigón. Cuando menos se lo esperan, los ejércitos populares abandonan las selvas y las montañas. Bajan a las llanuras y, en acciones coordinadas, van aplastando las ciudades-fortalezas armadas por el Pentágono, gastando miles de millones de dólares del pueblo americano. Cuando la sorpresa, la confusión, el miedo y las rendiciones en masa desarticulan a las fuerzas títeres, ha madurado el momento para la "Campana del Tío Ho", bautizada así en honor de su gran dirigente. Es la toma de Saigón... 55 días, 55 noches, para que un pueblo estoico, sometido a una politización que lo ayuda a comprender el sentido de sus luchas libertarias, haga saltar en pedazos el enclave militar más poderoso que haya levantado el gobierno de los Estados Unidos fuera de sus fronteras. La derrota no es simplemente la vergüenza del imperialismo. Es, más bien, la demostración concreta de que un pueblo en armas, rectamente dirigido por su partido político, es inconquistable.

"Sin partido, sin programa, y sin hegemonía obrera en el frente antimperialista, no hay guerra revolucionaria y victoria socialista de Vietnam. Esa es la conclusión central y más general de todas las innumerables enseñanzas de la revolución vietnamita. En su estructura peculiar, de parte militar que relata hechos, y de texto partidario que saca

conclusiones, eso es también lo que dice El arte de la guerra militar revolucionaria.

Con estas palabras termina su breve pero jugoso ensayo Adolfo Gilly. En ningún momento oculta su admiración por la manera en que el Partido le fue marcando al pueblo y al ejército las metas, los planes inmediatos, junto con los de mediano y largo plazo. Fue el partido, con sus programas y directrices, el que, pese a los sufrimientos, a las depredaciones, bombardeos e incendios, el que iba logrando, no sólo que no bajara la producción en general, sino que aumentara sensiblemente. Fue el partido el que estableció escuelas en la selva, hospitales en las cavernas. Y, claro, a medida que la victoria total se aproximaba, fue también el partido el que planeó, instrumentó y consiguió, las insurrecciones civiles en las grandes ciudades a medida que los triunfos militares se hacían evidentes.

Tomar seriamente en cuenta lo que estos planes y realizaciones desde el nivel político significaron en la victoria total, deja bien claro por qué el pueblo vietnamita no desmayó jamás, ni perdió la seguridad en sí mismo a pesar del río de armas de todo tipo y de dólares para acelerar corrupciones que enviaba un Pentágono primero insolente y luego indignado, al comprobar su definitiva impotencia.

Por esto mismo, Gilly advierte que el "modelo" de la victoria vietnamita no sólo no es exportable, ni siquiera es repetible. Contra el imperialismo, contra su poderío alucinante, no basta con armar a un pueblo y convencerlo de la justicia de su causa: hay que iluminarlo, ilustrarlo, crear los dispositivos eficaces para la seguridad social, para el derecho de los menores a la escuela y a una alimentación suficiente. Dicho en una palabra: hay que politizarlo. Y este es el trabajo prolongado, paciente, imaginativo y conocedor de los recursos y de las limitaciones, de un partido político al servicio irrestricto de sus mayorías populares. El trabajo cuyas estructuras claves instrumentó, con la maestría de un filósofo y el ardor de un patriota, el inmortal Ho Chi Minh. Cualquiera en su lugar, pues, que a la hora de la embestida final, la campaña de la derrota definitiva, fuera la del "Tío Ho". En efecto, son los pueblos los que se liberan, pero guiados por la sagacidad de sus hombres mejores.